

CAPITULO XL

RELACIONES DOMÉSTICAS

No era posible, en un carácter como el de mister Dombey, en la imperiosa asperidad de su temperamento, que tal hombre se moderase ante un ánimo que osaba hacerle frente. Revestido con la armadura del orgullo, de ninguna manera flaqueaba en el choque constante con el desdén y la altivez. En el orden de la naturaleza está — y esto constituye la mayor parte de la retribución merecida — que este género de hombres no se hallen nunca satisfechos, por muchas que fueren las deferencias y las consideraciones que se les guarden. Lo mismo da resistir á sus pretensiones que ceder á ellas : todo contribuye á la exacerbación de su vanidad. Entronizado en ellos el orgullo, no tienen modo de sustraerse á su dominio : es su amo, con mayor tiranía que la del diablo referida en cuentos tenebrosos.

Para con su primera mujer había usado mister Dombey de la plenitud de su arrogancia, considerándose á sí mismo como un ser inmensamente superior. Desde el primer día en que se vieron fué para ella « Mister Dombey » y siguió siendo « Mister Dombey »

para su mujer hasta que la infeliz murió. La superioridad y la grandeza del marido fueron indiscutibles en aquel matrimonio hasta que vino á disolverlo la muerte. Mister Dombey estuvo siempre muy sentado en su trono lo mismo que su mujer estuvo siempre acurrucada en las últimas gradas. Se había imaginado que el carácter de su segunda mujer, tan altiva, tan arrogante, al sumarse con su propio valer forzosamente le añadiría prestigio : el orgullo de Edith incorporado al suyo era, en su concepto, la elevación de su carácter á la cima del poderío y la grandeza. Nunca hubiera podido imaginarse que la altanería de Edith fuese capaz de luchar con la suya. Y ahora, al verla erguida delante de él á cada momento, mirándole desdeñosamente, clavándole la mirada en la cara, sentía el agravio y acrecia su orgullo al mismo tiempo que se ponía triste y melancólico haciéndose más enfadoso, más intolerable que nunca.

Quien con tal armadura se viste tiene que sufrir las consecuencias : probada está su impenetrabilidad á la concordia, al cariño, la confianza ; probado está que no pasan por ella ni la simpatía, ni la emoción, ni la ternura. Pero, dirijase un golpe al amor propio : entonces será tan vulnerable el pecho como si tal armadura no existiera ; envenenado el corazón se corromperá sin que pueda sanarlo la mano misma del orgullo, triunfante cuando arroja por tierra á su rival vencido y desarmado.

Tales eran los sufrimientos que á mister Dombey aquejaban. Lastimábanle cuando se hallaba solo en sus habitaciones apartadas, donde pasaba largas y solitarias horas. Parecía fatal que estuviera persuadido siempre de su poder y al mismo tiempo humi-

llado siempre por no poder obrar á su arbitrio. ¿Quién se interponía en su camino?

¿Quién? Quien había cautivado á su mujer lo mismo que había cautivado á su hijo. Quien había alardeado de esta nueva victoria mientras él estaba sentado en un rincón oscuro. ¿Quién lograba con una sola palabra lo que él con su enérgica voluntad no conseguía? Quien sin necesidad del cariño de su padre, sin sus miradas ni atenciones había ido creciendo y aumentando en belleza mientras los otros se morían. Quien ya desde la infancia, pequeña aún, sin madre, le había hecho experimentar la sensación de que llegaría un momento en que tendría que odiarla. Sí; aquel momento había llegado y él veía que en el fondo de su corazón la aborrecía!

Sí; él la aborrecía y quería que todos en su derredor la aborreciesen, aunque no se le ocultaba por esto lo que en ella había de seductor y de gracioso, la belleza resplandeciente que le sorprendió tanto la noche de su regreso á su casa, al volver, con su mujer, de su viaje de novios. Su hija era evidentemente muy hermosa; pero esto mismo constituía para él un motivo de queja. Y es que este desgraciado tenía como un presentimiento de la causa que informaba sus males, sólo que viéndolo imperfectamente y no reconociendo sus culpas, á su hija solamente acusaba. Cuanto más valía ésta á sus ojos mayor era la sumisión que en ella pretendía. ¿Y qué sumisión era la suya? ¿A quién hacía feliz su hija, á él ó á Edith? ¿A quién manifestaba agrado, á él ó á Edith? Nunca, desde su nacimiento, fué su hija para él más que una extraña: y sin embargo, á cada paso, á cada instante, tropezaba con ella. En aquel momento ¿no le era hostil su hija? Su belleza estaba sirviendo de aliciente para ablan-

dar los mismos sentimientos que para él eran tan duros; aquello era un insulto, un triunfo desnaturalizado.

Tal vez latía en medio de aquellos pensamientos una idea nueva. Movidó por su propio egoísmo, al examinar la situación en que se hallaba se decía si no le habría sido más favorable el contar con su hija para hacer más grata su vida; pero este lejano rumor de tormenta quedaba apagado en el oleaje de su orgullo. Para su orgullo nada más tenía oídos. Y en este orgullo, montón de inconsecuencias, infortunio, tormentos, no encontraba sino motivos para aborrecer á su hija.

A este demonio porfiado, violento, taciturno que le poseía, su mujer oponía su otro orgullo y su fuerza, en el apogeo de sus bríos. Nunca hubiera sido feliz la vida de ambos, juntos; pero nada podía hacer esta vida más desventurada que lo era por causa de la lucha entre tan opuestos elementos. El orgullo de mister Dombey le incitaba á mantener su magnífica supremacía, á imponerla en todas circunstancias. Su mujer estaba resuelta á perder la vida antes que someterse: hasta en su último instante hubiera tenido una mirada con que despreciar á su marido. ¡Grande agradecimiento el de Edith! Porque Dombey estaba muy lejos de imaginar la lucha que consigo misma había sostenido Edith para decidirse al honor de aceptar su mano: muy lejos estaba de imaginar hasta qué punto entendía Edith haber hecho una concesión al convertirse en su mujer.

Resolvió Mister Dombey hacerla ver de qué modo él era superior. Todo debía doblegársele. Bien estaba que su mujer fuera orgullosa; pero juntamente con él y no contra él. Cuando estaba solo y la oía salir á

la calle, á paseo, á visitas, volver tranquilamente, sin preocuparse para nada de él, sin inquietarla que estuviera contento ni que no lo estuviera, lo mismo que si se tratara de un lacayo, cuando estaba solo mister Dombey y presenciaba desde sus habitaciones aquella vida de su mujer, se encolerizaba, se creía humillado.

La suprema y fría indiferencia de Edith — él considerada esto como una usurpación de su personal privilegio — le lastimaba más que ninguna otra cosa. Determinóse, pues, á doblegarla ante su magnífica é imponente voluntad.

Profundas habían sido sus meditaciones cuando una noche, al fin, entró en las habitaciones de su mujer. Edith acababa de volver, ya tarde, sola. Había estado en el gabinete de su madre y salía de éste con semblante pensativo y triste. Mister Dombey entró; desde la puerta vió como Edith volvía la cabeza y le miraba con ceño de disgusto.

— Mistress Dombey — dijo su marido adelantándose hacia ella — desearía hablar con usted unas palabras.

— Mañana — contestó secamente Edith.

— No señora: el momento oportuno es ahora. Está usted muy equivocada respecto á su posición en esta casa. Aquí soy yo quien juzga de la oportunidad. Está usted engañada respecto á quien soy yo y á lo que debo ser en esta casa.

— Al contrario — contestó serenamente Edith — creo que le conozco á usted muy bien.

Cruzados sobre el pecho anhelante los blancos brazos cargados de joyas, Edith miró un momento á su marido volviéndole inmediatamente la espalda.

Si hubiera sido menos bella, menos altiva en su

ademán, no habría tenido suficiente poder para hacer que mister Dombey experimentara el sentimiento de su inferioridad, penetrado hasta el fondo de su orgullo. Pero Edith tenía este poder y lo sabía. Miró Dombey en torno del cuarto: vió esparcidos aquí y allá los más espléndidos objetos de personal adorno, los más ricos vestidos. Y esta manera de tratar tales objetos no era un capricho ni abandono (ó él así lo pensaba), sino por manifestación de desprecio á todo lo que significaba dinero. Guirnaldas de flores, plumas, joyas, lazos, puntillas y sedas, todo lo más costoso y rico estaba arrojado, pisoteado. Hasta los brillantes — el regalo de boda — parecían agitarse en su seno, ansiosos de romper la cadena que los sujetaba en collar y de rodar por el suelo para ponerse bajo un pie que los aplastara.

Mister Dombey sentía su inferioridad y no podía ocultarla. Solemne y extraño entre aquella abundancia de color y de brillo, extraño y apocado ante tan altiva señora cuya repelente belleza parecía repetirse en cuantos objetos la rodeaban como si constituyeran otros tantos fragmentos de un espejo, él mismo se daba cuenta de su estado y de su torpeza. Cuanto más se esforzaba por aparentar sangre fría, posesión de sí mismo, más se irritaba. Sin poder dominarse, iba, venía, se sentaba, se levantaba, no consiguiendo apaciguar su ánimo.

— Mistress Dombey, es indispensable que tengamos una explicación. Su proceder, señora, no me agrada.

Edith volvió á mirarle y otra vez apartó de él la vista. No dijo una palabra, pero aunque hubiera estado hablando una hora no se habría expresado más elocuentemente.

— Repito, señora, que el proceder de usted no me agrada. Ya he tenido ocasión de requerirla que fuera más correcta. Insisto en ello.

— Eligió usted una linda ocasión, señor mío, para su primera reprimenda : ahora veo que para su segunda emplea usted palabras y modales de lo más distinguido. ¿Usted insiste? ¿Y conmigo?

— Señora — contestó mister Dombey con su altivez más agresiva — he dado á usted mi nombre, es usted mi mujer, está usted asociada á mi posición y á mi reputación. No diré á usted que en el parecer general he dispensado á usted un honor con esta asociación; pero, lo que sí he de decirle es que yo tengo la costumbre de *insistir* cuando me dirijo á mis allegados ó á mis dependientes.

— ¿Y en cuál de esas dos categorías le place á usted contarme? — dijo Edith.

— Me parece que mi mujer debe participar — ó participa, mejor dicho, seguramente — de ambos caracteres.

Edith, temblándole los párpados, dirigió la mirada á su marido : se puso colorada, palideció al momento. Mister Dombey tenía que ver esto, era forzoso, y lo vió. Lo que no vió es lo que pasaba en el corazón de Edith, allí donde resonaba una voz queda aconsejándola que se calmase y pronunciando el nombre de Florencia.

¡Ciego insensato, que se abalanza á un precipicio! Pensaba que aquella mujer se callaba por miedo de él!

— Es usted muy derrochadora — prosiguió Mister Dombey — llega usted á la extravagancia. Disipa usted grandes cantidades de dinero — ó al menos cantidades que serían grandes para un caudal menor

que el mío — todo por cultivar unas relaciones sociales que no son las mías, más aún, que me desagradan profundamente. Insisto en que es necesario un cambio total á este respecto. Bien sé que cuando las mujeres llegan á inesperada situación de fortuna, son muy propensas á malgastar de una manera temeraria. Ha llegado usted al extremo. Ahora espero que la experiencia adquirida por mistress Granger sirva de instrucción á mistress Dombey.

Siempre aquella mirada fija, aquellos labios temblorosos, aquel pecho oprimido, aquel rostro enrojecido y luego pálido, y la voz que en el fondo de su corazón decía : ¡Florencia, Florencia!

Mister Dombey se creció en su insolencia, ante lo que á él le parecía sumisión. El menosprecio que hasta entonces le había hecho sentir Edith, el sentimiento de inferioridad que él había experimentado, todas sus pasadas sensaciones se acumulaban ahora en su pecho hinchando más y más su orgullo.

¡Quién podía resistir á su voluntad! Había resuelto dominar á Edith, y ya estaba!

— Hará usted el favor, señora — dijo mister Dombey con tono de soberano mando — de comprender sin confusión alguna que me debe usted respeto y obediencia. Estoy acostumbrado á que se me guarden las mayores consideraciones : lo exijo como derecho propio. No es mucho pedir, me parece, que me trate usted con respeto en cambio de la elevada posición que la he dado ; á nadie causará sorpresa ni lo que yo exijo de usted ni lo que usted haga por mí... ¡por mí! — dijo con énfasis.

Edith continuó muda, sin alterarse, sin apartar la vista, fija en su marido.

— Tengo noticia, por la madre de usted — prosi-

guió mister Dombey con importancia magistral — y creo que usted también lo sabe, que para su salud conviene la residencia en Brighton. Mister Carker ha tenido la bondad...

Edith cambió repentinamente, se puso colorada como si la luz del sol poniente la hubiese dado de lleno en el rostro. Mister Dombey vió el cambio, pero lo interpretó á su manera y continuó.

— Mister Carker ha tenido la bondad de ir á Brighton y alquilar una casa. A mi regreso á Londres tomaré las disposiciones necesarias para el mejor arreglo. Una de ellas será (si fuese posible), tomar como ama de llaves á una respetable señora, que se halla en situación pobre : su nombre es mistress Pipchin. Mi propósito es que esta señora se ocupe en la dirección de la casa; una casa como la mía, que mistress Dombey no dirige más que de nombre, requiere una persona competente á su cabeza.

Antes de llegar á estas palabras Edith había modificado su actitud : estaba sentada, mirando á mister Dombey y moviendo con la mano derecha la pulsera que tenía en la muñeca izquierda : la subía lo más alto que podía en el brazo y la bajaba cuanto más podía hasta la mano ; pero no suavemente, sino de golpe, de tirón, hasta el punto de amarotársele su suave cutis.

— He observado — prosiguió mister Dombey — y con esto concluyo lo que me proponía manifestar á usted, he observado señora que mi alusión á mister Carker ha sido acogida por usted de peculiar manera. Cuando tuve necesidad de quejarme ante tan confidencial agente del modo como usted había recibido á mis invitados, se manifestó usted contrariada de que este caballero se encontrara presente. Pues bien,

señora, hará usted bien en desechar esa preocupación porque probablemente tendré que hablar delante de este señor en ocasiones parecidas : á menos que no adopte usted el remedio que tiene en sus manos y que consiste en no darme jamás motivo de queja.

Hubo una pausa que mister Dombey prolongó para darse cuenta de la emoción que experimentaba Edith y que le parecía un nuevo aspecto del gran triunfo que sobre el orgullo de su mujer había logrado. Y luego continuó :

— Mister Carker tiene mi completa confianza ; por consiguiente también puede tener la de usted. Espero, mistress Dombey, que no he de verme en la necesidad de dirigir á usted ni censuras ni reprensiones por mediación de mister Carker ; pero como sería derogatorio de mi posición y de mi reputación el tener disputas triviales con una señora á quien he conferido la más alta prerrogativa, para mí posible, no tendré inconveniente en utilizar los servicios de dicho señor, si fuere necesario.

— Y ahora — pensó mister Dombey, irguiéndose en su moral magnificencia, más impenetrable que nunca — ya me conoce y ya sabe mi resolución.

La mano que había dado tantas vueltas á la pulsera, ahora estaba apoyada en el pecho fuertemente, pero la mirada seguía fija en mister Dombey. Edith, en voz baja, exclamó :

— ¡ Espérese ! ¡ Por amor de Dios !... ¡ Tengo que hablarle !

¿ Por qué no habló, por qué estuvo luchando unos instantes incapaz de pronunciar ni una palabra, fija la mirada, inmóvil como estatua ? Al fin dijo :

— ¿ Hice algo, por mi parte, para que pidiera usted mi mano ? ¿ He puesto en juego arte de alguna espe-

cie para apoderarme de usted? ¿Me he mostrado más afectuosa con usted de novia que después de casada? ¿He sido alguna vez distinta de como soy ahora?

— Es absolutamente innecesario, señora, entrar en tales discusiones — repuso mister Dombey.

— ¿Pensaba usted que le quería? ¿Le he dado á usted motivo para que lo crea? ¿Ha preocupado á usted alguna vez el estado de mi corazón? ¿Se ha detenido usted á considerar tal insignificancia? ¿Hemos tenido en cuenta, usted ó yo, algo de esto en nuestro contrato?

— Señora, esa cuestión está enteramente fuera de lo que nos ocupa — dijo mister Dombey dirigiéndose hacia la puerta para marcharse; pero Edith le cerró el paso con toda la majestad de su altivez, y mirando cara á cara á Dombey, le dijo :

— Conteste usted á mis preguntas. Ya veo que contesta usted sin hablar, porque usted conoce nuestro miserable tratado lo mismo que lo conozco yo. Ahora, dígame usted : si le hubiese querido hasta la adoración, ¿podría hacer yo más que rendirle mi voluntad entera y mi ser como usted me lo pide? Si mi corazón fuera puro y no experimentado y usted fuera su ídolo, ¿pediría usted más, obtendría usted más?

— Probablemente no, señora — contestó Dombey fríamente.

— Sabe usted cuán diferente soy. Míreme usted y leerá en mi cara el ardor de la pasión que usted me inspira — y Edith decía todo esto sin que la temblasen los labios, sin que la brillaran los ojos, con inalterable fijeza de mirada. — Conoce usted mi historia, habla usted de mi madre. ¿Piensa usted rebajarme, doblegarme, abatirme, « á mí », con sumisiones y obediencias?

Mister Dombey se sonrió, lo mismo que se hubiera sonreído si le hubiesen interrogado sobre su posibilidad de reunir diez mil libras esterlinas.

— Si hay algo de desusado en esto — dijo Edith con calma, pero llevándose la mano á la frente y posándola luego con fuerza en el pecho, — si hay algo desacostumbrado en mis ideas, como yo creo que lo hay, no importa; tengo que dirigir á usted un ruego — y Edith, advirtiendo un gesto de mister Dombey, añadió : — Sí, señor, un ruego.

Mister Dombey creyó notar que aparecían lágrimas en los ojos de Edith y ya se complacía en pensar que era él quien daba lugar á aquellas lágrimas; pero no corrió ni una sola. Se sentó haciendo crujir su pechera planchada y se dispuso á escuchar la súplica.

— Voy á decirle á usted una cosa que en mí es enteramente nueva, que á mí misma me parece increíble. En el abismo que ante nosotros se abre, no sólo hay riesgo de que nos perdamos nosotros (lo que no importaría mucho), sino otros.

¡Otros! Ya, ya sabía él á dónde se dirigía la alusión; por esto frunció severamente el ceño.

— Si yo hablo á usted es por los otros. Aunque también por usted y por mí; sí, en efecto, desde que nos casamos ha estado usted arrogante conmigo, yo le he pagado con la misma moneda. Todos los días, á todas horas, ha tenido usted buen cuidado de demostrarme á mi, de demostrar á cuantas personas nos rodean, que me ha dispensado una gran merced, que me ha conferido un honor al casarse conmigo. No lo pienso yo así y he tratado de hacérselo entender á usted. Sin embargo, usted no lo ha entendido, ó bien consiente en que cada uno de nosotros vaya por su

lado y espera en cambio un homenaje que no ha de lograr nunca.

No se alteró el rostro de Edith, pero en su manera de pronunciar la palabra « nunca » se notaba perfectamente que era una resolución irrevocable.

— No me inspira usted afecto ninguno, usted lo sabe, y bien se ve que no le importa nada. Por mi parte sé que tampoco usted me tiene cariño ninguno. Está bien. Pero nos hallamos encadenados juntamente, y con nosotros, como acabo de decir á usted, hay otros. Ambos nos hemos de morir; ya hemos visto la muerte de cerca, puesto que cada uno de nosotros ha perdido un hijo. Sirvanos de lección para tolerarnos.

Mister Dombey respiró largamente como diciendo: « ¡Oh! si no es más que esto... »

— Por nada del mundo hubiera dejado yo de decir á usted estas palabras — continuó Edith, — hubiese dejado de explicarle la importancia que concedo al asunto. Y una vez dichas estas palabras, tampoco hay poder en el mundo capaz de recogerlas. Si usted me promete indulgencia yo se la prometeré de igual modo; y tenga usted la seguridad de que cumpliré mi palabra. Constituimos un matrimonio desgraciado en el cual, por causas diferentes, la felicidad es imposible. Pero, con el tiempo, puede consolidarse una buena amistad. Me esforzaré por conseguirlo si, por su parte, usted hace lo mismo. Emplearé los años que me quedan de vida mejor que he usado los pasados, los de mi juventud.

Todo el tiempo habló Edith con apagada voz, pero con tono que revelaba firmeza. Al concluir se apretó con la mano el pecho como si quisiera contener los latidos del corazón, pero no bajó los ojos; siguió mirando á su marido.

— Señora — contestó éste con dignidad, — yo no puedo aceptar una proposición semejante.

Edith no dejó de mirar, sin la menor alteración, á mister Dombey.

— No puedo consentir semejante cosa — prosiguió mister Dombey; — no puedo entrar en discusiones ni explicaciones á este propósito. He presentado mi *ultimatum*, usted conoce mis deseos, no tiene que hacer sino prestarles la mayor atención.

¡Qué cambio hubo en la expresión, en la cara de Edith! ¡Cómo se fijaron sus ojos en el objeto de su odio! ¡Cómo retiró la mirada, con desprecio, indignación, ira, aborrecimiento! Mister Dombey vió igualmente aquel súbito cambio y casi tuvo miedo.

— Caballero — dijo Edith señalando con el dedo la puerta, — salga usted de aquí. Hemos terminado nuestra primera y última confianza. Quedamos siendo extraños; no habrá nunca nada que pueda hacernos más extraños uno á otro de lo que lo somos desde ahora.

— Sigo mi camino recto, señora — dijo Dombey, — y no me desviarán de él las inútiles declamaciones.

Edith volvió la espalda y fué á sentarse delante de un espejo.

— Espero que comprenderá usted sus deberes cuando haya reflexionado un poco.

Edith no contestó ni una palabra. No hubo en su fisonomía el menor cambio; para Edith no merecía aquel hombre más atención que si fuera una araña extraviada en la pared ó un escarabajo que se moviera por el suelo, ó más bien le inspiraba aquel hombre el mismo asco que ambos insectos juntos. Al llegar á la puerta tornó la cabeza mister Dombey para ver otra vez á Edith, que seguía sentada, y para re-

crearse un instante en la contemplación de aquel lujo, de aquella esplendidez que servía de marco á la belleza de su altiva mujer. Retiróse luego á sus habitaciones, llevando consigo la viva imagen de aquel cuadro y pensando de manera confusa, como sucede siempre después de disgustos semejantes, en qué pararía todo aquello.

Pero no es decir esto que mister Dombey perdiera dignidad ni dejara de encontrarse taciturno. En último término estaba persuadido de que conseguiría sus fines.

No tenía el propósito de ir con su familia á Brighton; pero el día de la marcha, es decir, un par de días después de lo que acabamos de referir, concluido el almuerzo manifestó mister Dombey galantemente á Cleopatra que él también iría pronto á aquella nueva residencia.

Aunque la vieja no había vuelto á sufrir un verdadero ataque de su enfermedad, lejos de mejorar empeoraba por momentos. Débil y abatida hasta el extremo, su cerebro estaba trastornado, su memoria alterada y su imaginación llena de confusiones. Era urgente trasladarla al sitio que recomendaban los médicos, porque se volvía de color de tierra.

Entre otros síntomas de su padecimiento se manifestaba uno que consistía en trastocar los nombres de sus dos yernos, el muerto y el vivo; así, generalmente, llamaba á mister Dombey « Grangeby », y cuando quería mencionar á éste le llamaba « Dombey ». Sin contar cuando los combinaba por mitades.

Pero, fuera de esto, Cleopatra continuaba tan joven, siempre joven, tanto que á la hora de almorzar, el día de la marcha, se presentó en el comedor con un sombrero nuevo, hecho al caso, y un traje de viaje,

con bordados, galoneado como los de las niñas al vestirse de largo. Y la verdad es que no resultaba empresa fácil mantener el sombrero en su sitio, en aquella pobre cabeza moviente: empeñado en la-dearse, en echarse al cogote, daba ocupación constante á la doncella Flowers, la cual, de pie detrás de su señora no cesaba en enderezar el sombrero á manotadas en la copa.

— Y ahora, mi querido Grangeby — dijo mistress Skewton — positivamente me prom... (se detenía, á lo mejor, en medio de palabras ó suprimía la mitad, por completo) ir pronto á casa?

— Acabo de decir, justamente, que iré dentro de uno ó dos días — contestó mister Dombey alzando la voz y recalcando las palabras.

— ¡Qué bueno es usted, Domber!

Aquí, el comandante que había llegado para despedir á las señoras y estaba mirando con sus apopléticos ojos á mistress Skewton, intervino diciendo con el desinterés de un hombre inmortal:

— ¡Cómo, cómo, señora! Y al viejo Pepe ¿no le dice usted que vaya á verla?

— ... isteriosa criatura ¿quién es? — murmuró Cleopatra. Pero en aquel instante una manotada de Flowers al sombrero produjo el efecto de refrescar la memoria de su ama, que añadió. ¡Ah! es usted, usted mismo, hombre perverso!

— ¡Cosa más rara! — murmuró el comandante casi al oído de mister Dombey. — Esto va mal. Nunca se abrigó lo bastante (él sí estaba bien abrochado hasta el cuello).

— ¿De quién ha de hablar J. B. — prosiguió Bagstock dirigiéndose á Cleopatra — de quién cree usted que puede hablar Pepe si no es de Bagstock,

José, su servidor, yo señora, su esclavo, éste, este hombre, este mozo! (Y el comandante se designaba á sí mismo dándose puñetazos en el pecho).

— Hija, es muy... trordinario — dijo Cleopatra con aspereza — que el comandante...

— Bagstock, J. B. — exclamó el comandante viendo que Cleopatra no daba con su nombre.

— No se trata de eso — añadió Cleopatra — Edith, hija, ya sabes que no tengo memoria para nombres. Bueno. ¿Dónde estábamos? ¡ Ah! sí, ya me acuerdo: decía que es muy... trordinario que quiera ir tanta gente á verme. No me voy para mucho tiempo. Volveré pronto. ¿Por qué no han de esperar á que vuelva?

Cleopatra miró en derredor de la mesa y al parecer estaba molesta.

— No; yo no necesito visitas — continuó — no las quiero. Un poco de tranquilidad y demás : eso es lo que me sentará muy bien. Pero que no se me... cerquen esos odiosos brutos hasta que me haya repuesto de mi... orpeza.

Siguiendo sus maneras de coqueta quiso dar un golpecito al comandante con el abanico; pero equivocó la dirección y pegó en la taza que tenía mister Dombey delante, vertiéndola en la mesa.

Luego llamó á su criado Withers y le encargó mucho que tuviese cuidado con no tocar á cosa alguna de sus habitaciones, guardarlo todo en orden y hacer lo que fuera necesario en materias de arreglo, sin demora, pues quizás volviera ella muy pronto : tenía, en efecto, muchas visitas que hacer, una porción de compromisos sociales ineludibles. Withers recibió estas instrucciones con mucha deferencia y aseguró que cumpliría el encargo; pero cuando se apartó de

su ama no pudo menos de mirar de una manera extraña al comandante, el cual á su vez tampoco se pudo contener, mirando de una manera no menos extraña á mister Dombey, quien de manera igualmente extraña dirigió la vista á Cleopatra — la cual, agitando la cabeza y causando con este movimiento la inclinación del sombrero hasta tajarla un ojo, golpeó con el cuchillo y el tenedor en el plato menuda y repetidamente como si tocara castañuelas.

Edith era la única que no había levantado la vista de la mesa y que parecía indiferente á cuanto decía ó hacía su madre. Si ésta la dirigía la palabra, Edith escuchaba volviendo la cabeza hacia su madre, contestándola algunas palabras si era indispensable; algunas veces la interrumpía encauzando sus pensamientos perdidos en divagación. La madre sin fijeza ninguna en sus ideas era constante en una cosa; en mirar á su hija, en contemplar su hermoso rostro, tranquilo y severo. Unas veces tenía esta contemplación el aspecto de inquietud temerosa : otras hacía esfuerzos de alegría para conseguir que aquel rostro sonriera; otras con caprichosas lágrimas y movimientos de cabeza daba á entender su sentimiento de que su hija la hiciera poco caso; pero siempre mirándola, como si una invencible atracción influyera en sus ojos. No obstante, algunas veces dirigía la mirada á Florencia; pero tornaba inmediatamente á Edith.

Concluido el almuerzo, mistress Skewton aceptó el brazo del comandante, afectando no necesitar apoyarse en él : en efecto, por el otro brazo la sujetaba su doncella Flowers y por detrás el criado Withers. De esta manera llegó al coche que debía llevarla, juntamente con Edith y Florencia, á Brighton.

— ¿Y José queda absolutamente desterrado? — dijo el comandante, al pie del estribo. — ¡Por vida de!... ¿Será tan duro el corazón de Cleopatra que prohíba á su fiel Antonio el presentarse ante ella?

— ¡Váyase usted! — exclamó Cleopatra. — ¡No puedo verle! Ya me visitará usted cuando me halle de vuelta, si es usted bueno.

— Dé usted á José alguna esperanza, señora — dijo el comandante — ó se morirá de sentimiento.

Cleopatra se estremeció y echándose atrás, como espantada, exclamó.

— Edith, hija mía, dile... dile...

— ¿Qué?

— ¡Pero son terribles palabras! — añadió Cleopatra. — ¡Este hombre emplea palabras horribles!

Edith hizo señas al comandante de que se retirase, mandó al cochero que echara á andar y se quedaron solos mister Dombey y su enfadoso amigo.

— Dígole á usted, señor — exclamó el comandante plantándose, abierto de piernas y con las manos cogidas atrás — que nuestra linda amiga se nos va al otro barrio!

— ¿Qué dice usted? — repuso mister Dombey.

— Eso, amigo mío : que se va usted á quedar huérfano de madre política.

No le gustó mucho la broma á mister Dombey. Lo comprendió así su interlocutor y queriendo remediarlo tosió fuerte y con aire de gravedad añadió :

— Seamos francos : no hay para que disimular estas cosas. Pepe es un hombre tosco ¿eh? hay que tomarle como es. Ya le conoce usted ¿verdad? Bueno; pues escuche usted. Dombey, su amigo J. B. le dice que la madre de su mujer de usted se larga.

— Mucho temo — repuso Dombey con resignación

filosófica — que mistress Skewton se resquebraje...

— ¿Resquebraje? No señor : se quiebre — dijo Bagstock.

— Sin embargo — observó mister Dombey — el cambio de aires, los cuidados, pueden mucho.

— ¡Bah! No lo crea usted — contestó el comandante. — Esa señora no se ha abrigado nunca lo bastante. Y si uno no se abriga, señor (al decir esto Bagstock se abrochó un botón del chaleco que acertó á estar desabrochado) si no se abriga uno, ¿cómo no ha de caer en el lazo? Hay quien se muere. Bueno, pues es porque le da la gana. Cuestión de empeñarse. Vea usted, Dombey, ello no será de ornamento, no será refinado, más bien resultará bastote, pero, en fin, créame usted, un poco de la fuerza vital genuinamente inglesa de Bagstock sentaría muy bien en la especie humana, toda entera.

Suministrado tan importante informe, el comandante que con independencia de la fuerza vital que poseía ó que no poseía, pues él no lo podía asegurar á ciencia cierta, tenía, y esto sí era seguro, una cara muy colorada, se fué al club donde pasó lo restante del día.

Cleopatra, unas veces de mal humor, complaciente otras, por momentos adormilada, despierta á ratos, pero juvenil siempre, llegó á Brighton aquella misma noche : desarmáronla pieza á pieza, como de costumbre y la metieron cuidadosamente en la cama. Y allí soñó que un esqueleto mucho más poderoso que el de la doncella, velaba impávido sin importársele un ardite el mentido reflejo de las cortinas de color de rosa.

Habiase resuelto, en un alto concilio de autoridades médicas, que era de la mayor importancia el que la

enferma saliera todos los días á paseo en carruaje y aun que anduviese algo, si podía. Edith la acompañaba siempre — siempre dispuesta con su maquinaledad atención y su serenidad inalterable — solamente Edith, porque ahora que su madre estaba tan mala no quería que Florencia las acompañase, y así se lo había dicho, dándola al mismo tiempo un beso.

Un día en que mistress Skewton se encontraba de humor desagradable, exigente, luego de haber permanecido silenciosa en el coche, contemplando á su hija la cogió rápidamente una mano y se la besó con efusión. Edith no retiró la mano : la dejó á discreción de su madre; cuando ésta la soltó Edith dejó caer aquella mano con la mayor indiferencia. Su madre se echó á llorar entonces quejándose de aquella indiferencia, de aquel abandono en que su hija la tenía. Y así continuó lamentándose, aun después de haber bajado del coche para pasear un poquito, apoyada en Withers por un lado y en un bastón por el lado opuesto. Edith iba andando junto á ella y el carruaje á corta distancia las seguía.

El día estaba desapacible, sombrío; hacía mucho viento. Estaban en las dunas sin tener á la vista más que la soledad del mar y la del cielo. Continuaba la madre en la monotonía de sus lamentaciones, de cuando en cuando expuestas, y su hija las oía con su indiferencia ya sabida. De pronto advirtió Edith que en dirección contraria á la que ellas seguían se adelantaban dos personas : eran una vieja y una joven, verdadera imitación de mistress Skewton y su hija. Edith tuvo, al verlas, esta misma impresión, y se paró.

También se pararon aquellas otras dos personas. La vieja, que Edith comparaba con su madre, hablaba

á la joven al mismo tiempo que señalaba con el dedo á mistress Skewton y á su hija : parecía como si quisiera volverse atrás; pero la joven, en quien Edith veía como la imagen suya, hasta el punto de impresionarla con sentimiento casi de temor, siguió adelante. Entonces también continuó su camino la vieja.

La mayor parte de estas observaciones las había hecho Edith andando, pues sólo se detuvo un instante. Siguiendo su examen se hizo cargo de que aquellas dos mujeres por lo mal vestidas parecían mendigas : la joven llevaba unas cuantas labores de aguja, como si fuera vendedora ambulante de esta clase de géneros, pero la vieja, andando con dificultad, no embrazaba su marcha con ninguna carga.

Ciertamente, el porte de esta joven no podía compararse, de ninguna manera, con la dignidad y la hermosura de Edith. Y sin embargo, Edith leía en aquel rostro algo de lo que pasaba en su corazón propio. Cuando vió que aquella joven la miraba, que había entre ellas algo como una recíproca comunicación de ideas, sintió un temblor como si el día se hubiera vuelto más brumoso y más frío.

Unas y otras llegaron á encontrarse. La mendiga vieja tendió la mano á mistress Skewton pidiendo una limosna. La joven se detuvo también, sin decir palabra y mirando fijamente á Edith.

— ¿Qué vende usted? — la preguntó Edith.

— Esto — contestó la joven mostrando los géneros que llevaba al brazo. — Es todo lo que tengo por vender : yo me vendí hace tiempo.

— No la haga usted caso, señora — dijo la vieja dirigiéndose á mistress Skewton. — Tiene esa manía. Es mi hija, mi hermosa hija, muy irrespetuosa, riñéndome constantemente, sin consideración á lo mucho

que he hecho por ella. Mirela usted ahora, señora y verá de qué manera vuelve los ojos hacia su pobre madre.

Mistress Skewton sacó el portamonedas y buscó en él, temblándole las manos, unas monedas para dárselas á la vieja. Edith se interpuso entre las dos decrepitas cuyas cabezas ya casi se tocaban, y dijo á la mendiga.

— Me parece que ya la he visto á usted en alguna parte.

— Sí señora — contestó la mendiga haciendo una humilde reverencia. — Me ha visto usted en Warwickshire, una mañana, en la alameda: usted no quiso darme nada, pero el caballero sí me dió algo. ¡Oh! Dios le bendiga! — murmuró la vieja levantando su descarnada mano y haciendo una mueca horrible á su hija.

— No; no trates de impedírmelo, Edith — dijo mistress Skewton anticipándose á una objeción de su hija. — Tú no entiendes de esto. Es inútil que quieras disuadirme: estoy segura de que esta es una excelente mujer, una buena madre.

— Sí señora, sí — dijo la vieja tendiendo al mismo tiempo la mano para recibir la limosna. — Muchas gracias, señora: Dios se lo pague. Deme una moneda más, otro medio chelín, señora, como buena madre que es usted...

— Una buena madre, no siempre bien tratada por su hija — repuso mistress Skewton con plañidera voz. — ¡Ea! un apretón de manos, buena anciana, llena de... de eso, como se diga, y demás. Es usted toda afecto, etcétera ¿no es verdad?

— ¡Oh, sí, señora!

— Sí, estoy segura; y lo mismo es esa caballerosa

criatura de Grangeby. Tengo mucho gusto en estrechar á usted otra vez las manos. Y ahora — añadió dirigiendo la palabra á la hija de la vieja — espero que demostrará usted mayor gratitud y... todo lo demás, como se diga, porque no me acuerdo nunca de nombres — eso; pues no ha tenido usted nunca mejor madre que esta buena anciana. Vámonos, Edith.

Mientras la ruina de Cleopatra se tambaleaba al andar y lloriqueaba teniendo buen cuidado de secarse las lágrimas sin tocar al colorete de sus mejillas, la otra vieja seguía su camino temblando también y echando cuentas del dinero. Entre Edith y la joven no se cruzó ni una palabra, después de las que dejamos dichas; pero no habian dejado de mirarse hasta que Edith, como despertándose de un sueño, echó á andar con su madre.

— Sí, tú eres muy guapa — murmuró la mendiga joven viendo como se iba alejando su imagen, la rica — tú eres muy guapa, pero no nos salvará la buena cara. Tú eres orgullosa, pero no nos salvará el orgullo. Nos conocemos mutuamente: ya volveremos á encontrarnos.